



# DULCE

CORRÍ LEJOS DEL PELIGRO...NO LLEGUÉ TAN LEJOS

# PERDICIÓN

AUTORA BESTSELLER INTERNACIONAL

KRIS BUENDIA

Por más que intento alejarlo él es mi salvador y ahora soy yo la que debería de estar encerrada. Hay una línea delgada entre los dos que sabe a dulce y perdición y que pronto cruzaremos. Ahora mi salvador tiene un precio, uno que estoy dispuesta a pagar con mi vida y no lo lamentaré.

## **Advertencia +21**

La siguiente historia puede ser demasiado sensible para ti, porque toca temas delicados como drogas, violencia sexual, escenas sexuales explícitas y un hombre altamente peligroso y romántico. Así que no es responsabilidad mía si lees bajo tu propio riesgo.  
Eso sí. ¡Te vas a enamorar!

Kris Buendia

*Soy un ataúd abierto con fotografías pasadas, tomadas a la luz del día, pero filtradas en sepia. Soy el pasado que Bones intentó buscar; él era la salvación que yo necesitaba. Cuando lo vi morir, grité por él cada noche. Pero entonces todo se detuvo. Mis gritos fueron bruscamente amortiguados por la crueldad, y más aún por el dolor pintado de mariposas azules. Siempre obtengo lo que quiero sin mirar atrás, pero con Cillian todo huele a caos. La primera vez que lo vi fue en el pabellón seis de un hospital psiquiátrico. Le prometí una cita al pensar que nunca saldría de ahí, ahora su presencia me acecha y quiere que cumpla mi promesa. Este hombre es un enigma y quiere todo lo que pueda darle. Por más que intento alejarlo él es mi salvador y ahora soy yo la que debería de estar encerrada. Hay una línea delgada entre los dos que sabe a dulce y perdición y que pronto cruzaremos. Ahora mi salvador tiene un precio, uno que estoy dispuesta a pagar con mi vida y no lo lamentaré.*

## **Prólogo**

–Voy a encontrarte.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

## UNO

La música del móvil me despertó de un tirón por la canción que se escuchaba.

¿Harry Styles otra vez? Iba a matar a Harry, si tenía que vivir bajo el mismo techo, se podría decir que había límites y uno de ellos era. No tocar el puto móvil.

–Ya he escuchado a Harry ¡Será mejor que bajas tu culo!

Lo escuché decir detrás de la puerta.

Mi apartamento era lo suficientemente grande para que él tomara un ala y yo otra, pero mi amigo, era demasiado terco y no me dejaba en paz. Lo compadecía solamente porque tenía el corazón roto.

Harry, así era su nombre. Y era uno de mis mejores amigos, al cual yo había obligado a vivir conmigo después de que había terminado con su novio.

Me metí a la ducha y enjaboné todo mi cuerpo y también champú y acondicionador en mi cabello. Me quedé ahí un par de minutos mientras el agua hacía lo suyo y cuando escuché otro golpe en la puerta salí.

Amaba a Harry, pero muchas veces era como un maldito grano en el trasero. Era el único de la manada con el cual pasaba más tiempo de lo normal.

Me metí al *closet* y tomé una falda lisa y una blusa formal.

Me sequé el cabello y dejé mi melena rubia que llevaba a los hombros con unas pequeñas ondas. Usaba poco maquillaje y fui a mi otro *closet* de zapatos y bolsos.

Elegí un par color crema con zapatos de tacón a juego Balenciaga.

Mis aretes de diamante pequeños y mi rolex en la muñeca.

Estaba lista para visitar a mi madre adoptiva, no recuerdo cuando comencé a llamarla de esa manera en mi mente. Pero era la verdad, ella era mi madre adoptiva. Después de poner muchas excusas para no ir a verla, hoy debía ir. Harry lo había sugerido en todo el mes. Y por eso había tomado el atrevimiento de poner alarma en mi móvil.

No era una decisión fácil de tomar, mi madre y yo teníamos una historia trágica y retorcida, mi madre adoptiva, quise decir.

Cuando salí de mi habitación, el aroma a pan tostado hizo que rugiera mi estómago.

Me encontré a Harry con delantal en la cocina de espaldas y me senté frente a él en el taburete de la isla de granito blanco. La cocina era uno de nuestros lugares favoritos para conversar. Harry era chef y había por fin aceptado ser mi socio para poner su propio restaurante y, además, darle el toque que necesitaba en los restaurantes de mi cadena de hoteles.

Me miró por encima de sus gafas que lo hacían ver atractivo cuando cocinaba y me sonrió con lástima. Odia esa mirada, pero lo entendía. Sabía que la estaba pasando mal. No había pegado un ojo en toda la noche, y apenas logré dormir una hora antes de que Styles me despertara.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días, Harry. ¿Al menos tienes café?

Me sirvió una taza grande de café negro como me gustaba. Y lo tomé tardándome un poco más de la cuenta.

–Sé que estás poco comunicativa hoy, que sepas que no te haré la cantaleta, sol. Entiendo que sea una mierda este día. ¿Quieres que te acompañe?

–No, no es necesario. Estaré bien –mentí oliendo mi café.

Debía terminar mi café en cualquier momento, se me estaban acabando las excusas para no salir de casa, o al menos tardarme más. Pero era inútil, debía irme.

Harry se me quedó mirando sospechoso.

–Voy a acompañarte –se quitó el delantal–. A la mierda, no te dejaré sola.

La verdad es que lo necesitaba, me daba cuenta que, no podía enfrentarme a esto sola y necesitaba a alguien que no fuera juez ni parte.

Harry no me juzgaba y tampoco hacía preguntas sobre mi pasado, no es que tenía uno fácil que contar, en realidad había tenido una infancia del infierno, adolescencia y todo lo que le siguió, tenía casi treinta, y todavía sentía que me faltaba mucho por vivir así que no tenía autocompasión por mí, era autodestructiva con todo lo que me rodeaba y mi diamante eran mis tres mejores amigos. Mi manada.

–Gracias, cariño.

Cinco minutos después estaba conduciendo por la carretera poco transitada de la ciudad. Amaba mi ciudad, había crecido en Northwick, Inglaterra. Pero ahora llevaba mi negocio desde Londres.

Tenía una cadena hotelera alrededor del mundo que me había dado millones, pero no fue hasta que mi padre comenzó con su negocio de agencia de viajes y jets privados que quise unirme con él para crear el combo completo. Si tenías dinero, podías costearte tu propio jet privado, y si querías hospedarte en uno de los mejores hoteles de la ciudad, estaban los míos.

En todo el mundo.



–Debes comenzar a tener tu propio chofer, Keira – aconsejó.

Me lo había pensado, incluso hasta un guardaespaldas, nunca se sabía. Pero no era esa clase de vida que llevaba, tenía dinero, sí, pero no tenía una vida de lujos y excesos. Solo una llena de secretos y tonos azules en un *grunge* oscuro.

Y eso abarcaba un chofer y un guardaespaldas. No gracias.

\* \* \*

Estacioné al lado de personas discapacitadas, la línea azul me recordó a la línea pintaba sobre la habitación de cuando era niña. Ellos querían un niño, pero mi padre se había enamorado de mí desde la primera vez que me miró, sabía que no había futuro para mí sin él, así que me llevó a casa.

–A la mierda –dije, tomé mi bolso y salí del auto, escuché el portazo de Harry detrás de mí y mi amigo me alcanzó a la recepción. El lugar parecía un campo vacacional. Era por eso que costaba bastante dinero la cifra anual por tener a mi madre ahí.

El Centro Médico Mental Roses era donde estaba ella, hacía ya diez años que era una mujer inestable y este era el único lugar donde ella no podía hacerse daño a sí misma y podía quedar un poco de la mujer que había sido algún día. Aunque estaba lejos de ser mi madre, para mí lo fue alguna vez, y mi respeto hacia ella era lo único que bastaba.

–Señorita Truman –me reconoció la enfermera con la que hablaba por teléfono para monitorear a mi madre–. Qué bueno que pudo venir.

Me rehusaba a visitarla cada semana, ella necesitaba su espacio, y yo mi salud mental, si no iba a terminar en un

lugar como este. Mi madre tenía serios problemas mentales y a veces no podía ni reconocermé.

El pasado, su pasado, lo llevaba en el rostro, así que la entendía. Mi madre había tenido una infancia que la alcanzó a tocar fondo cuando se convirtió en madre. El divorcio la hizo colapsar y los golpes de la vejez también. Odiaba eso, odiaba esa debilidad de alguna manera, y también rogaba para no ser como ella, por alguna razón el pasado no podía joderte la vida de esa manera.

—¿Dónde está ella? —le pregunté, y entendió que entre más rápido la viera, muy pronto saldría de este caos.

—Acompáñeme por acá —señaló el elevador, este lugar era inmenso, los olores a flores frescas me revolvió el estómago, y los pisos totalmente blancos como mi antigua casa me daban dolor de cabeza. Era como si estuviese viajando en el tiempo.

Harry se quedó en la recepción.

—Esperaré aquí —levantó su móvil— llámame si quieres que suba.

Le sonreí y asentí. La enfermera y yo entramos al elevador y nos dirigíamos al cuarto piso. Mi madre estaba en uno de los pabellones de personas *no agresivas*, pero no confiaba del todo en ella. Era astuta y una parte de mí aún le temía.

Rasqué la cicatriz de mi muñeca mientras esperaba que las puertas del elevador se abrieran, cuando la enfermera recibió un mensaje en su móvil.

En ese momento las puertas se abrieron y fui la primera en salir.

—Señorita Truman, debo ver a un paciente en el pabellón 2, su madre está en la misma habitación, la 65. ¿Estará bien?

¿Qué si estaré bien?

—Sí. Pero...

Las puertas del elevador se cerraron.

Mierda.

No había visto a mi madre en el último año. La visitaba cada mes que podía, era la recomendación de su médico. Verla muy a menudo los primeros años era lo que la hacía recaer y a mí también, recaer significaba odiarla.

¿Y quién odiaba a su propia madre hoy en día?

Caminé por los largos pasillo del pabellón uno y conté las habitaciones, ese lugar era inmenso, cada pasillo acogía más de diez habitaciones, cada una era una persona como mi madre, pero con una historia diferente.

En cada habitación había una historia trágica, un hogar inestable o roto. Y dolor, mucho dolor. No me gustaba ese lugar, lo odiaba, era como una cárcel para las personas débiles en su corazón y sus mentes, pero también, sabía que era el único lugar donde no eran juzgados.

Podían reír, llorar, saltar, jugar con muñecas. Y nadie era señalado. Conté la habitación sesenta y cinco y toqué el pomo.

Me quedé esperando algún sonido de adentro, pero nada. A lo lejos estaba otro elevador y la sala de juegos. Podía escuchar el sonido del televisor y los dibujos animados desde acá.

Sin más preámbulos abrí la puerta y el perfume a gardenias favorito de mi madre llegó a mi nariz.

Era como estar en casa de nuevo.

La vi sentada, en un sofá de espalda grande y tapizado de flores lilas, la habitación era hermosa, yo me había encargado de eso, había mandado a poner cada una de sus cosas favoritas. Su vieja cómoda blanca, un espejo de cubierta de madera blanca de tamaño completo y su cama con cabezal de toda una reina de castillo.

Mi madre solía ser una mujer extravagante, alegre, hermosa y muy risueña. Ahora solo era una mujer, con el cabello sin pasar por un estilista, poco maquillaje y se limitaba a pintar en sus lienzos.

Eso era, una artista y como todos o algunos acababan en un lugar de estos.

—¿Por qué no estás pintando? —le dije, cerrando la puerta detrás de mí.

Ella levantó su mirada y me sonrió.

—Keira, mi dulce pequeña.

—Hola.

Me senté cerca de ella, en la esquina de la cama y sentí colchón hundirse por mi peso, mi madre estaba actuando normal. Su médico me había dicho que no había episodios psicóticos en los últimos meses, pero que la pasaba mal cuando no podía dormir.

—Te dije que te vistieras apropiadamente, Keira Truman —dijo de repente—: Te ves como una vagabunda.

—Mamá, tengo veintiocho, no soy una niña. Esta ropa no es de vagabundo. Te gustaba esta falda ¿recuerdas?

Ella me observó, sus fosas nasales se hincharon y su mano fue directo a mi rostro.

Me quedé mirando el suelo, sintiendo arder mi mejilla y las lágrimas escondiéndose en mis ojos.

Siempre era lo mismo. Lo sabía, pero debía ser fuerte.

—Keira, mi niña. ¿Estás bien?

Me limpié con el dorso de mi mano. Y la miré.

—Sí, estoy bien.

Me puse de pie y caminé alrededor de ella, intentando no quebrarme. Yo no podía esperar nada de ella. Estaba aquí porque el médico me había insistido, pero era claramente un error. Mi presencia la alteraba de alguna manera. En el interior de su mente estaba su pequeña hija. Pero también, su maldición, era así como me había llamado innumerables veces desde que me adoptó.

Los primeros meses fueron de ensueño, se acostaba a mi lado y leía cuentos para mí, a pesar de ya no tener edad, ella quería que yo tuviese lo que un niño merece tener a esa edad.

Ella me enseñó muchas cosas, de la vida, de los hombres, la belleza y con lo que con ella viene.

Eché un vistazo al otro extremo de su habitación, donde tenía sus pinturas y una llamó mi atención, era una piscina redonda y parecía profundamente fría.

Era increíble su talento, aún los museos pedían su nuevo trabajo desde ahí, pero yo no lo permitía, era morboso.

Las obras de Antiana Truman eran invaluablees, cada una valía millones, así de ridículas eran sus obras, su museo estaba aún abierto al público, de alguna manera quería mantener su galería de arte intacta, aunque muchas de sus obras no estaban en venta.

Desde aquí solamente apilaba los cuadros, unos se almacenaban y otros simplemente ella los destruía cuando recordaba quién era y por qué había dejado de ser esa mujer.

Me partía el corazón, pero no podía hacer nada. Estaba aquí cuando no tenía que estarlo mientras ella seguía perdida en su mente.

Algún día ella moriría o yo dejaría de visitarla.

Ella se quedó dormida en su sillón mientras yo la observaba. Siempre era igual, aunque la abofeteada de ese día no me la esperaba, era por eso que había dejado de visitarla, sus agresiones hacia mí habían sido verbales para volverse físicas, aunque a opinión de su médico sus reacciones disminuirían con el tiempo.

Yo no sabía si podía ser fuerte para entonces. Mientras tanto, ahí estaba observándola dormir, teniendo compasión y lástima por ella. Era irónico todo aquello, sentir lástima y compasión por tu propia madre puede sonar hasta pecado.

Pero era eso a matarla. Lo podía hacer ahí mismo si pudiera y echarle la culpa a su desequilibrio mental. Sin embargo, tomé la sábana de al lado y se la puse encima.

Cerré la puerta detrás de mí, esperando un grito de ella detrás. Pero no escuche nada más que la televisión encendida.

Tenía un nudo en la garganta y las expectativas por el suelo al esperar una reacción diferente, ahora, debía hablar con su doctor y dejarle claro, que, para mí, mi madre había desaparecido en uno de sus hermosos cuadros.

Un escalofrío me sacó de mis pensamientos. Miré la hora en mi reloj de muñeca y había pasado más de una hora. Me había quedado más de lo que pensé, observándola por la grieta de vidrio a su habitación. Ella ahora estaba dormida y yo no podía hacer que mis pies se movieran.

No escuchaba nada, ni la sala de juegos a lo lejos. Caminé hacia ahí y el salón estaba completamente vacío. Las mesas estaban en un perfecto orden, las mesas limpias y toda aquella imagen blanca, simplemente me daba dolor de cabeza.

Odiaba lo blanco.

Saqué el móvil de mi bolso y tampoco tenía señal.

—Maldición.

Caminé hasta un largo pasillo encontrando a un enfermero que me llevara a la nueva oficina del doctor de mi madre, lastimosamente no quería llamarlo, ah claro, tampoco tenía señal.

Cabreada y con la mejilla aun adolorida, llegué hasta otro pabellón, el seis. Estaba demasiado lejos ahora del pabellón de mi madre que, ni siquiera me había dado cuenta que había pasado más pabellones más.

*NO PASAR*. Decía una habitación al final del pabellón, era la única que estaba alejada de las otras y, además, la puerta era de metal gris. Me llenaba de intriga saber qué había detrás de esa puerta. Claramente las palabras de *no pasar* me hacían burla, pues no había nadie custodiando el lugar.

Me intrigaba saber qué tipo de persona o personas podían estar en ese pabellón. Por lo que caminé hasta la puerta para poder encontrar señal o una puerta que me sacara de ahí lo antes posible.

Podía retroceder hasta la habitación de mi madre y tomar el elevador al final del pasillo y largarme de aquí, pero ya estaba frente a la puerta de metal, un vidrio transparente lo rodeada, lo que me dejaba ver en su interior y lo que vi, me dejó helada.

Estaba de espaldas.

Desnudo.

Un cuerpo esculpido a la perfección, y muchos tatuajes, era como un demonio en carne viva, maldición, debían lucir así porque el pecado era malditamente atractivo. Era bastante alto y de cabello corto marrón.

Medía casi dos metros, pensé. Estaba de pie ahí con su trasero al aire, duro y perfecto. Sentí curiosidad, pero ya no era la misma, quería que se diera la vuelta, quería ver más.

Poder ver más.

Como si sintiera que alguien lo estaba observando, miró sobre su hombro y se dio la vuelta sin verme a la cara. Ahogué un grito en mi interior al mismo tiempo en que un gemido salió audiblemente de mi boca, cuando le vi el rostro. Había visto todo tipo de hombres, de todas las nacionalidades, y no quería sonar como una novela trillada de ver el Adonis frente a ella perfecto, pero eso es lo que era, el hombre más hermoso que había visto hasta ahora.

Ni siquiera me miraba a la cara, se quedó así, y mis ojos se desplazaron desde sus hermosos ojos cerrados, su cuello, su pecho completamente afeitado lleno de tatuajes triviales, llamas y calaveras.

Muchas calaveras.

Me gustaban las calaveras. Yo también tenía tatuada una en medio de mis pechos.

Su dorso esculpido por los mismos demonios en el infierno, y una gran v al final de su cintura que daba la bienvenida a la mata de vello que hacia entrada a su ahora dura erección que iba creciendo sin motivo alguno. Regresé la mirada por el mismo trayecto y me encontré con unos